

llaba. Del grupo que tenía á mi espalda salían algunas voces que decían entre mil votos é imprecaciones:

—Pues ¡no somos unos botarates y unos imbéciles con estar sufriendo estos empellones, solamente por venir á ver á este tal por cual, al príncipe *Macarrón*, etc.!

—Ciertamente, contestaba otro; no tenemos perdón por concurrir á ver la entrada de nuestro enemigo, que mala muerte halle y se lo traguen los infiernos.

Al oír estos juramentos y esas imprecaciones, decía yo: pues eso han de ver, que tienen tan poca delicadeza con venir á engrosar el número de los que tributan esta ovación al nuevo rey, que yo, siendo su adversario, me habria quedado un casa.

Este incidente me hizo conocer lo que dije mas arriba, que no toda la multitud que concurría á la fiesta era adicta al rey electo por el partido liberal.

Seguían las músicas, el repique á

vuelo en todas las torres de las iglesias y las salvas de artillería.

El príncipe Amadeo, al llegar frente á Nuestra Señora de Atocha, se apeó del caballo, penetró al templo y se arrojó junto á la tumba del hombre que se sacrificó por él, orando por el descanso de su alma.

Cuando hubo terminado, volvió á montar de nuevo y se dirigió al Palacio de las Cortes.

Al salir del Prado para entrar á la calle que conduce á ese lugar, le ví venir montado en un brioso caballo alazán, como quince pasos adelante de su estado mayor, admirando yo su valor en venir de esta manera cuando podia imaginar el jóven príncipe, que llegaba á un lugar que alentaba innumerables enemigos suyos, que no habiendo perdonado á su compatriota el general Prim, ménos generosos debían ser con el extranjero, y que venia á sentarse en el trono de Isabel y de Fernando; muy fácil era que de entre la turba saliera una bala homicida que terminara

los días de un hombre todavía en la flor de la edad y henchida su alma de bellas ilusiones.

Llegó, pues, Amadeo frente á la escalinata de las Cortes; se apeó garbosamente y subió los peldaños, entrando á la Cámara para prestar el juramento.

Después de un cuarto de hora volvió á salir, montó de nuevo y regresó por donde había venido, siguiendo por el Prado para entrar á la calle de Alcalá. Como á pocos pasos de allí, hácia la derecha, está el palacio de Buenavista, se dirigió á él para cumplir con el triste deber de dar el pésame á la viuda del infortunado general Prim.

¿No adviertes, María, cierta bondad en la conducta de Amadeo llenando esos piadosos deberes, en el momento de verificar su entrada y cuando lo colmaban de vítores y aclamaciones en medio de un pueblo ebrio de entusiasmos? Pues así fué.

Cuando salió de Buenavista, ya esperaban las turbas del pueblo que

acogió victoriosamente, siguiendo el camino para el Palacio Real,

Al pasar frente donde yo me hallaba, unas jóvenes que estaban á mi espalda exclamaron con entusiasmo:!

—¡Ay, tú, mira; si no le falta ninguna oreja!

—¡Quia! contestó otra; pero ni es feo como decían.

—¡Feo! decía una tercera; al contrario, es guapo mozo.

—¡Y mira qué bien monta y qué galan es!

Estas exclamaciones vindicaban al príncipe y le indemnizaban de las diatribas de los periódicos y de la errónea opinión que tenía de él el vulgo ignorante, que juzga sin conocer y, sobre todo, apasionadamente.

Entró el nuevo rey al Palacio para recibir los besamanos y las felicitaciones de los generales y de toda la gente del Gobierno.

El pueblo madrileño ocupaba la plaza de armas y todas las avenidas; las músicas y la artillería mezclaban su so-

nido y su estruendo al clamoreo de la multitud, que pedía al rey saliera al balcón del Palacio Real.

Después de otro momento se dejó ver y las aclamaciones y el vocerío no tenía fin, rebosando de entusiasmo todas las masas.

Entonces, haciendo señal al pueblo el general Serrano, que estaba en pie junto al rey, de que callara, se restableció el orden, todo el mundo calló y dicho general pronunció una arenga en nombre de Amadeo, que fué acogida con los mayores aplausos.

A poco desfiló el ejército en columna frente al balcón real, saludando los jefes de los cuerpos á Amadeo, cuando pasaban delante de él.

A las oraciones de la noche, concluyó todo y la nieve que había en las calles quedó aplanada por las pisadas de todos los habitantes de Madrid, que puedo asegurar, no quedó uno solo dentro de su casa.

Al otro día habría yo querido que hubieras estado á mi lado, para admi-

parte, ó mas bien, para reírte conmigo por la peregrina manera con que los periódicos conservadores daban la noticia de la entrada de Amadeo.

Decían entre otras falsedades: "que la entrada de Amadeo á Madrid había estado de lo mas desairada, que apenas alguno que otro borrachin y canalla se veía en las calles, y en las ventanas se había visto agitar algun pañuelo de dudosa blancura.

¿No es esto tergiversar la verdad y quererse sobreponer á la autoridad de miles de testigos extranjeros é imparciales que vieron todo lo contrario, á Madrid que ardía de entusiasmo y que Amadeo fué objeto de la ovacion mas entusiasta que se puede imaginar y de las que se ven pocas veces?

Como esos tres ó cuatro descontentos que oí imprecuar al príncipe cuando estaba yo frente á las Cortes, habrá miles en la capital; pero el caso es que se puede asegurar que todos concurren á la fiesta y formaron grupo con los entusiastas.

Al otro día que los foráneos leyeron los periódicos mentirosos de Madrid, deben haber creído á pié juntillas los embustes que les contaban referentes á la entrada desairada de Amadeo, y mas tarde debe haber pasado otro tanto en el extranjero.

¡Qué mal hace la prensa con desviarse de la noble mision que le está confiada, de ilustrar á las masas, civilizar y decir la verdad!

Por eso ha perdido mucho el periodismo y no cuenta con los lectores que debia, que no todos se divierten con sus concejas y falsedades. Se entiende que quedan excluidos de esta regla los que cumplen exactamente con su mision civilizadora.

Diariamente, despues de salir del Museo de pinturas, donde iba yo á estudiar, solia dar algunas vueltas por el paseo del Prado, y algunas veces me pasaba al de Recoletos.

A la siguiente tarde de la en que hizo su entrada Amadeo, ¡cuál fué mi sorpresa al ver á éste desembocar de la

calle de San Gerónimo para el paseo, acompañado en su carretela únicamente de dos chambelanes y sus lacayos.

La causa de mi sorpresa fué ver que el príncipe saliera sin fuerza armada por las calles de Madrid, en donde sabia que tenia muchos enemigos y cuando apenas hacia cuatro dias que habian asesinado á Prim.

Pero este valor pasó de raya á la siguiente tarde, porque el rey no salió ya con sus chambelanes, sino solamente con sus lacayos, llevando él mismo las riendillas de los caballos.

Estoy seguro que otro hombre, al considerarse en un país enemigo, no habria salido tan pronto del palacio hasta no ver calmados los ánimos y apagado el fuego de las pasiones politicas, y de hacerlo, habria salido acompañado de una numerosa escolta y resguardado con todas las precauciones imaginables.

Raro era el día que el rey dejaba de salir al Prado y siempre con sólo sus lacayos y guiando él los caballos de la carretela. Al ir encontrando los grupos

de gente que se paseaba, el carruaje de alguna familia ó algun otro personaje, se descubria muy atentamente saludando á todos.

¿Crearás, María, que habia individuos tan desatentos, que á pesar de esta cortesía del rey quedaban ellos con el sombrero encasquetado sin corresponder esa atencion? En esto conocia yo el exajerado orgullo de algunos peninsulares; porque suponiendo que ellos eran enemigos políticos de Amadeo, debian hacer á un lado sus resentimientos para dar lugar á los deberes que prescribe la urbanidad, y mas, tratándose de un rey, y un rey tan atento como el hijo de Víctor Manuel.

La mayor parte de los extranjeros y pocos españoles elogian la conducta sencilla y democrática del rey Amadeo en cuanto á salir á la calle sin grande aparato, porque con esto manifiesta un carácter humilde y modesto y además no es oneroso á su servidumbre ni á los oficiales y soldados que tuvieran que acompañarlo á todas las partes donde

saliera. Pues, para que conozcas hasta dónde llega el realismo y tendencias monárquicas de los españoles, sábetelo, que esta conducta moderada de Amadeo, le vale la amarga crítica de aquellos; porque dicen que él aja la majestad del trono con salir sin acompañamiento de chambelanes, gran escolta, alabarderos, etc., como se usaba en la época de antaño y que pocos reyes usan en la actualidad, excepto Pio IX que, como mencioné arriba, cuando salia á la calle, hace todavía poco tiempo, lo verificaba en una carroza dorada, acompañado de su servidumbre en otros dos coches semejantes, cincuenta coraceros de escolta y dos batidores; ésto era diariamente cuando salia al paseo; mas cuando iba á oficiar á alguna iglesia con motivo de una festividad, era otra cosa: entónces se hacia acompañar de los setenta y dos cardenales que forman el sacro colegio, yendo cada uno en su magnífica carroza, con dos cocheros en el pescante y hasta tres lacayos en la testera, vestidos unos y otros de una

bata bordada de oro y sombrero tricor-
nio: este sí era un aparato más que ré-
gio y que, según algunos viajeros, ni el
Sultán, ni el Czar de Rusia han usado
jamás.

Pero á los españoles les agrada todo
esto y son esencialmente conservado-
res en sus instituciones, como lo han
manifestado más de una vez en algunos
de sus actos.

Para corroborar esta opinion, te con-
taré, que hace dos días, con motivo de
no sé qué solemnidad, hubo el besama-
nos de costumbre: se reunió toda la
corte y el rey se sentó en el trono. Co-
menzó la ceremonia; los cortesanos fue-
ron acercándose, hincando la rodilla
para besar la mano á Amadeo; pero és-
te, con mucha cortesía, se alzó del sillón
y no permitió que nadie lo verificara,
dando la mano á los que se arrodillaban
y levantándolos. Pues esta demostra-
cion sencilla y democrática no ha agra-
dado á los españoles, que dicen: "que
Amadeo es un rey de burlas, que no
sabe serlo como sus antecesores, y que

no da majestad al trono." Critican es-
ta conducta de Amadeo que afecta las
antiguallas de la etiqueta del trono y no
aprecian sus verdaderas y excelentes
cualidades como rey benéfico, magnáni-
mo, valiente y caritativo. En esta línea
se le ha visto, en compañía de su consorte,
visitar las casas de beneficencia y dejar en
ellas hasta tres y cuatro mil pesos para
mejorar la situacion de los pacientes
alojados en esas casas; otro tanto hace
cuando verifica la visita de algun cuar-
tel, y así por el estilo en otras circun-
stancias en que se pueden desfogar los
buenos sentimientos de un rey de cora-
zon y que sabe cumplir los deberes de
un verdadero padre del pueblo y que
se interesa por la felicidad de sus sú-
ditos.

Green algunas personas juiciosas y
extranjeros imparciales, que los españo-
les no conocen ni saben apreciar las be-
llas dotes del rey que tienen en la ac-
tualidad y que sólo un mal entendido
patriotismo los hace detestarlo tan so-
lamente, porque es extranjero. Algunos

de estos peninsulares comparan á Amadeo con Maximiliano y dicen, que tan intruso fué el uno como el otro, y que así como los mexicanos hicieron constantemente la guerra al emperador de México, así deben hacerla ellos al hijo de Víctor Manuel; pero yo digo, que la entrada de ambos soberanos fué muy distinta: la de Maximiliano fué efectuada por el despecho de un partido caído que apeló á la traición para vengarse de su derrota, solicitando el apoyo de una potencia extranjera para elevar á un príncipe extranjero que lo repusiera en sus fueros y privilegios y restaurara las costumbres de antaño: la entrada de Amadeo á España para ocupar el trono fué también la obra de un partido; pero sin las tendencias del de México, de venganza y de la restauración de sus antiguallas. El de la Península creía que en el país no había un hombre á propósito ni de estirpe régia para ocupar el trono y llamó á un príncipe extranjero de sangre real y no traicionó á su patria, solicitando la ayu-

da de un ejército extraño para sostener al nuevo rey. El partido conservador de México, además de unirse traidoramente á Napoleón III para la realización de sus miras, jamás protestó contra las cortes marciales francesas que diezaban á los mexicanos en todas las partes en donde las había, ni ménos contra el monstruoso decreto del 3 de Octubre que sembró la desolación y el exterminio en todo el país.

La llegada de Amadeo á España se verificó sin la ayuda de una sola bayoneta extranjera, ni hubo ejército extraño que invadiera la España, ni todas esas plagas que llevó la intervención á México: conque; de dónde nace ese inusitado patriotismo de los españoles, pronunciado contra una dinastía extranjera solamente porque lo es, cuando no fué acompañada de las peripecias de la de México y cuando su rey no derramó ni hizo derramar una sola gota de sangre española y en todos sus actos corresponde á la confianza que hizo de él el partido que lo elevó?

En fin, María, no entro en mas reflexiones sobre una política que no nos atañe, y únicamente te he querido hacer una ligera reseña de la entrada de Amadeo á Madrid y de la ovacion con que le obsequiaron los españoles, pintando como de paso los manejos que emplearon ántes y despues con él la prensa conservadora y muchos individuos de las diversas clases de la sociedad.

Yo sigo hablando de otras cosas que podrán llamar mas tu atencion y que leerás en la siguiente. Adios.

Madrid, Noviembre 15 de 1870.

MARIA ESTIMABLE:

Dos meses completos hace que te dirigí mis letras, hablándote de mis primeras impresiones en esta ciudad.

Hoy que llevo ese mismo tiempo, que he visto algo mas y que he rectificado mi juicio sobre varios de los objetos que te mencioné, puedo referirte mayor número de circunstancias y de episodios que acontecen en una ciudad que se visita por primera vez.

En primer lugar debo decir, que como mi principal norte al venir á Euro-